

XXXVIII.

Sembrar en Tepetate.

La Sra. de Franco se hallaba ocupada atentamente en su labor, cuando entró Luisa á la pieza en que estaba, llevando en la mano la carta cerrada de Mauricio.

—Mamá, mamá—decía á gritos—mira lo que me ha dado Soledad.

—¿Pero qué escándalo es ese, hija? por qué gritas tan aforadamente?—dijo la señora, acariciando la barba de la niña y aproximando á sus labios la frente tersa y purísima de Luisa.

—Si no es escándalo, mamá, es que Soledad.... replicó Luisa agitada por la carrera, é interrumpiéndose á cada momento para respirar—me ha dado este papel.

—Un papel?—contestó la madre.

—Sí, éste; dice que se le dió un señor para mí.

—¿Y tú conoces á ese señor? preguntó la señora, que comenzó á comprender lo que pasaba.

—No, mamá, dice Soledad que es muy bien parecido, y que quiere que le conteste; yo no sé lo que querrá decir eso y vengo á preguntarte.

—Muy bien hecho, hija.

—Aunque Soledad no queria que te dijera nada.

—¡Infame!—murmuró en voz baja la Sra. Franco.

—Pero yo pensé—continuó la niña—que si no era malo esto, tú no te enojarias, y si lo era, sabrias lo que se debe hacer.

—Está bueno, Luisa, déjame este papel y vete á jugar.

—¿No le leemos?

—Para qué?

—¡Toma! para contestar lo que diga.

—Si no hay para qué.

—Como Soledad dice.....

—¿Qué sabe ella?

—¿Te has enojado, mamá?

—No hijita, por qué?

—Como no quieres que veamos el papel.....

—Te repito que no tiene objeto su lectura.

—Y si es de algun pobre que me pide algo?

—No lo creas.

—Nada costaba verle, pero si tú no quieres..... insistió Luisa, á quien una ardiente curiosidad, natural en las mujeres le hacia sentir que su mamá opinara de semejante manera.

—Si tuviera sobreescrito—contestó la madre que no sabia lo que hacer para disuadir á Luisa sin despertar su interés—sabriamos siquiera á quién viene dirigido, pero no trayénole, nos exponemos á abrir una carta que tal vez es para tu papá, y ya sabes que las mujeres no debemos mezclarnos en los asuntos de los señores, á no ser que ellos nos los comuniquen.

—Entonces aguardaremos á que venga mi papá.

—Eso es.

—Así que acabes, ven á ver que concurrida está la tertulia de mi casa de muñecas.

—Pierde cuidado.

La niña dió un beso á la Sra. Franco, y volvió corriendo al cuarto donde la hemos visto cuando Soledad le entregó la carta de nuestro héroe.

Luego que doña Luisa se quedó sola permaneció un momento pensativa, y se dirigió despues á la cocina.

—Soledad? gritó al llegar á la puerta.

—¿Mande usted, niña? respondió temblando la criada, que en el tono con que la llamaba su señora comprendió que se preparaba una tempestad.

—Venga usted acá.

La señora Franco, seguida de Soledad, entró á un cuarto solo de la casa y preguntó con severidad á la culpable:

—¿Quién le ha dado á usted este papel?

Soledad comenzó á temblar y permaneció en silencio.

—Responda usted.

—Niña..... no se incomode usted..... voy á decirle la verdad.

—Vamos!

—Es un señor que me lo rogó mucho y que dice que quiere muchísimo á la niña Luisita.

—Pero ¿quién es?

—Yo no le conozco; él me habló.....

—Está bien; tenga usted esta carta y vuélvase; voy á hacerle á usted sus cuentas.

—Por vida de usted, niña, no lo vuelvo á hacer; se lo prometo á usted.

La señora Franco era inflexible, y mucho mas tratándose de la reputacion de su hija, de su Luisa, á la que no queria que confundiesen con las coquetuelas del barrio.

La pobre Soledad tuvo que recoger sus efectos y salió de la casa llorando y protestando que no lo había hecho con malicia.

Cuando el señor Franco volvió de la calle, su señora le contó lo que pasaba.

El buen padre se indignó y dijo que iba á decir cuantas eran cinco al atrevido, y que doña Luisa había hecho bien en despedir á la criada, porque si él la hubiera visto la habría hecho pedazos.

No se había calmado aún cuando su hija entró y colgándosele al cuello le dijo:

—¿Qué me traes?

—Ah! interesada!—dijo don Jorge sonriendo—conque por eso me haces fiestas?

—No seas malo, papá, ya sabes que eso no es cierto, y que te quiero lo mismo cuando te acuerdas de mí que cuando no has pensado en tu muchachita.

—¡Zalamera!

—¿Cuánto vamos apostando á que adivino lo que me traes en esa bolsa de atrás de la levita?

—A que no lo adivinas?

—Serán los retacitos que me ofreciste para vestir la semana santa á mis muñecas.

—Nada de eso.

—Pues entónces la cunita que te pedí para el niño que le va á llegar á Hortensia.

—Tampoco.

—Pues el niño.

—Méenos.

—Me dejas tentar?

—Nó porque entónces no tendria gracia.

—Pues me doy por bien vencida.

—Tan pronto?



Insolentel dijo D. Jorge levantando el bastón (pag. 231).

—Si no me ocurre.

—Es una cosa que empieza con *c*—continuó D. Jorge que gozaba con el candor de su hija y se divertía extraordinariamente con su infantil impaciencia.

—Con *c*? díme la segunda letra.

—Entónces todo, así no tiene gracia.

—Jesus, papá—exclamó al fin la niña con gracioso enfado: ¿no ves que soy muy tonta y que no puedo adivinar?

—Mira, le dijo entónces su padre, sacando de la bolsa el objeto que tenia tan vivos deseos de conocer la niña.

—¡Una cómoda china!—exclamó esta palmoreando y brincando de alegría—mira, mamá, que chula es; te la pagaré con un beso, papá, está muy bonita.

Y Luisa abrazó con efusion á su padre, que dirigió una mirada expresiva á su señora, la que esta contestó de una manera significativa.

Aquella mirada queria decir:

—No hay riesgo por ahora, y cuantas cartas y palabras de amor se la dirijan, se estrellarán ante su inocencia y su feliz ignorancia del mundo.

Luisa no volvió á acordarse del papel que habia tratado Soledad que leyese, y soñó toda la noche con su cómoda.

Cuando preguntó á su madre por qué Soledad no se hallaba ya en la casa, la Sra. Franco contestó, aunque con repugnancia porque no le agradaba mentir, que la criada habia pedido una licencia.

El pobre Mauricio estaba deshauciado. Querer hacer nacer el amor en un corazon que rebotaba de cariño filial; querer que el recuerdo de un hombre desterrase de la mente infantil de Luisa las imágenes de sus muñecas, de su pequeña casa de madera, de su curioso mobiliario que el buen D. Jorge se complacia en aumentar cada día con una nueva adquisicion, era querer lo imposible por el momento.

Tal vez si el carácter de Mauricio hubiera sido otro, y si la niña no hubiera estado guardada por la tierna solicitud de sus padres, Luisa, á su edad, habria lucido su conquista y habria comenzado esas historias de amorios con que tanto gozan las polluelas; pero Mauricio era tímido, Luisa inocente, y la señora Franco, con el alerta que se le habia dado, velaba. El amor de Mauricio no podia fructificar en aquel terreno. Ramon, en su tecnología especial, tenia que confesar mas tarde que Mauricio habia sembrado en tepetate.